



# 1

Me acuerdo de que soy extremadamente olvidadizo. O eso creo. Creo saber que soy olvidadizo. Me acuerdo de haber olvidado cosas, pero no recuerdo qué cosas, ni tampoco la sensación de olvidarlas. Cuando era niño, mi madre intentaba convencerme de que era olvidadizo diciéndome: «¿Te acuerdas de cuando te olvidaste de tu cumpleaños?». Y creo que le contestaba: «¿Cómo me iba a olvidar de eso?». Pero era una pregunta trampa. Decir que sí habría supuesto admitir que me olvidaba de las cosas, mientras que decir que no habría sido un ejemplo más de olvido. «El cerebro hace lo que puede», le decía. Si nos acordáramos de todo, no habría lenguaje para recordar ni tampoco para olvidar. No habría nada importante. En realidad, nada es importante. La importancia de nada es servir de baremo de lo que es no nada. ¿Es lo mismo decir «nada» que decir «la nada»? A los estudiantes les encanta especular con esas cosas. La realidad es que la nada no existe; la argumentación simplista de esta afirmación es que la observación de la nada requiere a un observador, y por tanto la presencia del espectador niega lo que habría sido una ausencia pura, lo que habría sido en efecto la nada. Si la nada cae en un bosque y no hay nadie para verla, ¿acaso es pura nada? Un argumento mejor, que





abarca tanto el simple como todos los demás, es que se puede deletrear nada. Puede que Parménides fuera un desarrapado, pero sabía lo que decía. Quizás el argumento ontológico no funcione aplicado a la existencia de dios, pero es irrefutable en relación con la existencia de nada. Ei mitään, rien, nicht, nothing, nic, dim byd, ikke noget, ingenting, waxba, tidak ada, boten, apa-apa, kitn, nihil y nenio. Una especie de argumento ontológico en favor de la existencia de nada.

Me llamo Wala Kitu. Wala quiere decir nada en tagalo, aunque no soy filipino. Kitu quiere decir nada en suajili, aunque mis padres no son de Tanzania. Mis padres, matemáticos los dos, sabían que dos negaciones forman una afirmación, de manera que es así como me llamo. Wala Kitu. Todo esto es una trola con T mayúscula. En realidad me llamo Ralph Townsend. Mi madre era artista y mi padre, un profesor de literatura inglesa que terminó haciendo de taxista. La verdad es que soy una especie de matemático. Pero uso el nombre Wala Kitu. Estudio la nada.

Me tomo mis estudios muy en serio. Soy un reputado profesor de matemáticas de la Universidad de Brown, aunque llevo décadas sin ocuparme de la aritmética, el cálculo, las matrices, los teoremas, los espacios de Hausdorff, los retículos representativos finitos ni nada que tenga valores ni números ni representaciones de valores ni de números ni nada parecido, da igual que tengan sustancia o no. Me he pasado la carrera entera en mi pequeño despacho de George Street, Providence, buscando y contemplando la nada. No la he encontrado. Me parece triste que el simple hecho de adentrarme en el tema que me interesa estropee ya de forma necesaria mi estudio. Trabajo mucho y me gustaría poder decir que no tengo nada que mostrar.





Fue mi especialización en la nada, no en la nada absoluta, sino en la nada positiva, lo que me llevó a trabajar con —y no para— un tal John Milton Bradley Sill, multimillonario hecho a sí mismo y provisto de una única meta, una meta que quizás resulte intrigante para unos cuantos, confusa y extraña para la mayoría e idiota para el mundo entero, pero por lo menos bien articulada. John Milton Bradley Sill aspiraba a ser un villano de Bond, sin importarle la naturaleza ficticia de James Bond. Lo expresaba en estos términos: «Quiero ser un villano de Bond». Así de simple.

Estábamos sentados en una cafetería de Thayer Street. Eran las ocho de la mañana de un lunes de noviembre; el semestre se estaba terminando y los estudiantes que entraban en el local arrastrando los pies iban casi sonámbulos. Yo estaba un poco como ellos. Hacía poco que había descubierto que necesitaba doce horas largas de sueño para funcionar como era debido, pero me había pasado la mayor parte de la noche despierto pensando en la reunión con Sill. Apenas recordaba haber soñado nada, lo cual parecía justo y adecuado, ya que cuando dormía tampoco me acordaba casi nunca de mi vida real.

—¿A qué se refiere con un villano de Bond?

Sill sostenía una cuchara como si fuera un cigarrillo.

—Ya sabe, el típico perpetrador de maldades capaz de hacer que el primer ministro mande un espía categoría doble cero para detenerme. Ya sabe, de los que hacen el mal por el mal.

—Una especie de villano modernista —le dije.

—Exacto.

Me quedé mirando mi té y removiéndolo. No quería mirar a mi interlocutor, pero lo hice, consciente, mientras posaba la vista en él, de que estaba de atar. Era majo, eso sí. Bien parecido, un poco ambiguo desde el punto de vista racial, con una cara equina y el pelo muy rizado. Tirando a delgado.





—Parece usted demasiado amable para ser villano —le dije.

—Gracias —dijo—. Las apariencias son sólo eso.

—¿Ha perpetrado alguna maldad?

—¿Por ejemplo?

—¿Ha matado a alguien? —le pregunté—. Los villanos de Bond matan de forma indiscriminada. —Estaba hablando sin tener ni puta idea. No sabía nada de villanos de Bond.

—Los hay que sí y los hay que no. —Sill hizo un gesto con su cucharilla—. ¿Ha visto usted *Goldfinger*?

—Creo que sí. Digamos que no.

—Goldfinger roba Fort Knox.

—Donde guardan el oro —dije.

—Donde guardan el oro. —John Sill miró a su alrededor, examinando a todos los presentes en el local—. ¿Sabe usted qué hay en realidad en la cámara acorazada de Fort Knox?

—Pues no.

Se inclinó hacia delante hasta apoyar la barbilla en la palma de la mano, como si fuera un amante, o por lo menos como alguien que me conocía desde hacía más que un cuarto de hora, y dijo:

—Nada.

—¿Quiere decir que no hay oro?

—Quiero decir que hay nada.

—Nada —dije.

—Justamente eso. No le estoy diciendo que no haya oro. Le estoy diciendo que hay nada. La misma nada que usted ha estado buscando.

Se me erizaron los cabellos de la nuca. Aun así, seguía convencido de que me estaba diciendo que la cámara acorazada se encontraba vacía.

—Le estoy diciendo que la cámara no está vacía —dijo, como si me leyera la mente.





—¿Y qué?

—Pues que usted, amigo mío, me va a ayudar a robarla. He estado investigando. Sabe usted más de nada que nadie. Y del poder que obtendrá cualquiera que pueda poseer nada.

—Mire, me halaga usted —dije—, pero...

Me hizo callar apartando su mano de la mía y sosteniéndola ominosamente en el espacio que nos separaba.

—No tendrá que hacer usted nada de nada. Lo único que quiero es tenerlo de consultor. Que me dé unas cuantas respuestas. Por ejemplo, cuando abra la cámara acorazada, y la abriré, ¿cómo sabré que la nada está allí? Es una cámara muy grande. Si está llena de nada, ¿cómo la moveré? ¿Cómo se transporta algo así? ¿Necesita estar refrigerada a menos 273 grados Fahrenheit?

—Habla usted en serio —le dije—. Lo cual viene a ser como decir que está loco.

—Lo estoy —dijo John Sill. Echó otro vistazo a su alrededor y me pasó un papel amarillo.

Era un cheque. Un cheque con muchos ceros antes del punto inservible de los decimales. Era un cheque de caja emitido por el Bank of America.

—Esto es real —declaré, aunque en realidad era una pregunta.

Sill asintió con la cabeza.

—Lo único que tiene que hacer es asesorarme y contestar mis preguntas sobre nada, pero no con esos rollos improvisados que se reserva para los alumnos de posgrado y las mesas redondas. Eso ya lo puedo conseguir en cualquier lado. Lo puedo sacar de los libros. Quiero su confusión pura y sincera.

—¿Y nada más?

—Por supuesto, esto ha de ser confidencial. Y quiero decir confidencial de verdad, confidencial al cien por cien.





—Buscó mi mirada con la suya y por un segundo fugaz se pareció al villano de Bond que aspiraba a ser. Durante ese breve momento me dio miedo—. ¿De acuerdo? Punto en boca, ya sabe.

—Entendido.

—¿Cuento con usted?

—¿Esto es para mí? —Agité el cheque como para asegurarme de que no se caía la tinta.

—Lleva su nombre.

Lo llevaba. Deletreado correctamente y todo. En tinta. ¿Qué podía decir yo, más que «sí»?

Salí de la cafetería pesando tres millones de dólares más y también convencido de que, aunque loco, quizás John Sill estuviera en lo cierto y los militares poseyeran la nada. Había una facción fiable del complejo militar que pensaba, como yo, que la nada era la solución a todo. Mi idea de solución era heurística, pero la idea que tenían los generales era gladiatoria, belicosa y nada amable. Ninguno de nosotros sabía qué era la nada, pero sí que sus posibilidades eran ilimitadas; eso es una necesidad lógica, y por tanto una certeza. Me acordaba de que hacía unos años se habían puesto en contacto conmigo dos generales del ejército, cuyos nombres quizás llegué a oír, pero no podía recordarlos. Lo que sí recordaba era que me habían parecido alarmanamente parecidos, aunque uno era una mujer y el otro un hombre. Llamaron con los nudillos a la puerta de mi despacho, con timidez, me pareció, para ser unos promotores de la guerra.

Tuvimos un circunloquio sobre la nada pero después la tratamos con precisión durante más de dos horas. Se negaron a decirme para qué la querían y yo no pude decirles qué era ni dónde encontrarla.





—¿Qué creen que pueden hacer con la nada si la encuentran?

—Por eso estamos hablando con usted —dijo el General—. Nos encantaría averiguarlo, ¿sabe?

—Conoce usted la nada —dijo la General—. Eso está comúnmente aceptado. Queremos que nos ayude. ¿No quiere usted servir a su país?

—Llevo toda la vida dándole nada a mi país. No tengo planeado cambiar a estas alturas.

—¿Qué quiere decir?

—No quiero decir nada —les dije—. «Nada» no equivale a «la nada». Eso lo entienden, ¿verdad?

—La nada podría cambiar por completo el mundo, eso sí lo sabemos —dijo el General.

Negué con la cabeza.

—Nadie puede poseer la nada.

Los generales intercambiaron una mirada que no entendí; de hecho no fui consciente de que se habían mirado hasta el día en que volví a casa de mi reunión con John Sill. Quizás era cierto que alguien podía encontrar y controlar la nada. Me sentí un poco revuelto, asustado y algo atolondrado por la emoción.

Se postula que antes del llamado Big Bang (que, igual que mucha gente, me imagino que más que una explosión debió de ser un suspiro), los elementos constituyentes primordiales eran cosas como el helio-4, el helio-3, el deuterio y el protio. La pregunta de pardillo, aunque no por ello menos molesta, es de dónde salieron esas cosas. ¿Y hacia dónde, por dónde y hasta dónde se está expandiendo el universo? La respuesta es o bien la nada o algo que llamamos nada, y no esa chorrada de la materia oscura que tanta gente se traga. La teoría no es

